

## LA ALEGRÍA GALLEGA

Desde hace quince días me pregunto por qué los gallegos tienen fama de ser tristes. Y esta fama no hay que decir que es una invención de los franceses, como tantas otras famas españolas. No. Son los gallegos mismos los que aseguran que son tristes. «Somos tristes» — escribe doña Emilia Pardo Bazán... «Somos tristes», escribe Alfredo Vicenti... «Somos tristes», escribe Murguía... «Somos tristes», escribe Valle Inclán... Pero la verdad es que yo encuentro todo esto tan alegre, tan risueño, tan ameno, tan feliz, que tengo ganas de preguntar á los ilustres gallegos á quienes acabo de citar :

— ¿Á qué hora sois tristes?... ¿En dónde sois tristes?... ¿Cuándo sois tristes?...

En verano, desde luego, no lo son. Son por el contrario regocijados. Son parleros. Son optimistas. Y si no dan voces ni hacen gestos como los madrileños, es porque son muy bien educados y muy finos.

— Tienen algo de franceses en la apariencia — decíame mi compañero de veraneo.

Mucho tienen, en efecto, de franceses, no sólo en la apariencia sino en el fondo. La culpa de esto, según Menéndez Pelayo, la tuvo aquel celeberrimo obispo Gelmírez que en plena Edad Media se empeñó en afrancesar á todos sus súbditos.

ditos. «Acrecentóse el influjo francés y aun llegó á verdadero afrancesamiento — dice el glorioso autor de la *Historia de las ideas Estéticas* — en la corte de Alfonso VI. Transformó el monacato, puso en moda las costumbres feudales, cambió el rito, cambió la letra de los códices, inundó de extranjero la iglesia española y alcanzó su apogeo en tiempo de don Diego Gelmírez francés de corazón más que gallego é idólatra de aquella cultura que quiso imponer á su pueblo.» ¿Es esto cierto? En todo caso el afrancesamiento es efectivo. En la cultura, en la lengua, en las maneras, en todo se nota; hasta en cierta ligereza risueña y suave que no se encuentra en ninguna otra región de la península, ni aun en aquel San Sebastián tan fronterizo de Biarritz y tan parisiense de pretensiones.

¡Galicia, Galia de España, amiga de risas galas!, me veo á punto de exclamar á cada instante. Pero la idea de que estoy en desacuerdo con todos los gallegos, me desconcierta y me obliga á enmudecer. Porque todos, todos, todos los gallegos, ya sean de Santiago ó de Pontevedra, de Vigo ó de la Coruña, todos, todos me dicen :

— Somos un pueblo triste, un pueblo de melancolías, de nostalgias y de morriñas... Nuestro cielo mismo, es así. ¿No lo ha visto usted los días de niebla? Á veces nos llegamos á creer habitantes de algunas Flandes ibéricas.

Esto último, á fe mía, es cierto. Hay aquí

tardés del norte, tardés de clima septentrional, tardés en que el sol es como un agonizante. Pero esto no influye en el carácter de la gente. Y además ¿quién ha dicho que los pueblos de más luz son los más alegres y los de más bruma los más tristes? En una aldea de Bélgica, en la penumbra del turbio otoño, hay más regocijo, más « joie de vivre » que en cualquier ciudad oriental luciente cual un ascua.

— Lo que os pasa — he dicho á algunos gallegos — es que confundís la alegría de la naturaleza con la alegría de la gente. Sin duda en Sevilla hay, en el cielo, en el aire, en la tierra misma, mayor alegría que en Pontevedra ó en Villagarcía. Pero la gente sevillana es menos alegre que la gente gallega. ¡Qué digo! La gaita misma, es menos triste que la guitarra, porque si realmente la gaita llora, en cambio la guitarra gime y se desespera. ¿No lo creéis así?...

En honor de la verdad debo decir que todos, muy finamente pero muy categóricamente, me contestan :

— No...

Y sin embargo...

### LAS MUJERES DE LA CORUÑA

Mi compañero de viaje me pregunta :

— ¿Ha visto usted algo más bonito, algo más alegre, algo más risueño?

Y sinceramente le contesto :

— No...

Porque en realidad no hay, en ninguna parte del mundo, un espectáculo como el de estas tardés ambulantes. Hay, sin duda, en Madrid, una calle de Alcalá por la cual pasan, envueltas en los resplandores del crepúsculo, las más lindas damas de Castilla. Hay en Niza, bajo las enramadas de la Alameda, un desfile perpetuo de bellezas cosmopolitas. Hay en Estrasburgo, en el Broglie umbroso, todo un enjambre de parleras muchachas siempre alegres, siempre sonrientes. Hay en San Sebastián, en las mañanas estivales, entre los frágiles tamaris, cortejos femeninos que se destacan como frisos antiguos en el esmalte del espacio. Hay en París, en fin, no en los Campos Elíseos, no en el Bosque de Bolonia, sino allá del otro lado del Sena, en el amable bulevar Saint-Michel, en el bullicioso país latino, un incesante y alucinante ir y venir sin prisa de delicadas niñas rubias cuyos ojos hablan de amor con ingenuidad. Pero lo que hay aquí no lo hay en ninguna otra parte, os lo repito.

Aquí, desde que el poniente enciende sus llamas sobre el mar, las calles céntricas empiezan á poblarse de mujeres exquisitas que no parecen ir á ningún sitio definido, ni buscar nada, ni pensar en nada, ni desear nada.

— Se pasean — dícame mi amigo.

Sólo que esto tampoco es exacto. El paseo supone ciertas condiciones. Se pasea por el Prado, por el Prater, por el Bosque de Bolonia. Mas en estas calles estrechas, no se explica el paseo, sobre todo cuando hay, un poco más lejos, amplias explanadas y jardines admirables y playas de encanto, siempre desiertas.

— ¡Así son nuestras mujeres !— exclama mi compañero.

¡Mujeres singulares y divinas!

Aunque digo mal. Singulares, sin duda lo son. En cuanto á divinas, no. Son, por el contrario, muy humanas, muy admirablemente humanas, con sus cuerpos esbeltos, con sus bocas frescas, con sus ojos voluptuosos. Como si renegaran de su origen céltico, no tienen en las pupilas esa gota de mar glauco que en Bretaña y en Irlanda hace pensar en el infinito del cielo. Y si no son hermanas de las muchachas de Osián, tampoco parecen serlo de las heroínas de Lope. Nada, en efecto, hay en ellas de españolas. El tapado iría muy mal á sus labios floridos y las dueñas no podrían seguir sus pasos rítmicos por estas calles hormigueantes.

— ¿Sabe usted lo que parecen? — le digo á mi amigo.

— No — me contesta.

— Pues parecen parisienses.

Mi amigo se detiene un punto, como preocupado y contempla en silencio las grupos gorjeantes

que pasan, tentadoras en sus estrechos trajes claros.

— Es cierto — me dice al fin — que los sombreros, los vestidos, los zapatitos, las medias, todo lo exterior, en una palabra, viene de París y es parisiense. Pero el fondo es de la tierra.

¡Qué tiene que hacer con el fondo un caballero que no hace más que ver pasar mujeres por la calle! Que sean muy distintas de las parisienses como alma, allá ellas. El alma no se lleva en la *toilette*. Lo que sí se lleva, que es el tono, la gracia, el chic, lo que se enseña, lo que se ostenta mejor dicho, eso aquí en esta capital de provincia no sé si de tercero ó de segundo orden, es mucho más parisiense que en la orgullosa Madrid y en la opulenta Barcelona. Y digo más. Con la mano en el pecho, juro que no hay fuera de Viena y de París en toda Europa, una mujer tan elegante, tan discreta, tan bonita y tan airosa como la gallega de la Coruña. Sin nada de la nerviosidad andaluza, es, en el andar, en el moverse, en el ondular, de una delicadeza rítmica sólo común en París. Su delgadez fina, chocaría en el resto de España donde tanto prestigio tiene la belleza abundante, pero sería celebrada en Francia cual un triunfo de la línea pura. Sus ojos son maravillosos, de expresión inteligente y en sus labios hay tanta voluptuosidad unida á tanta gracia suave, que uno no puede, por más helada que tenga el alma, dejar de sentirse emocionado al

hallarse prisionero en esta red infinita de sonrisas que en las calles, á la hora del ir y venir crepuscular, nos aprisiona, y nos encanta, y nos angustia.

### LA CASA DE ROSALÍA

Á media hora de la Coruña, en las márgenes de un río plateado, entre parras frondosas y manzanos olorosos, hay una casita baja que trata de ocultarse detrás de unos cuantos rosales.

— Es la casa de Rosalía Castro — me dice mi cicerone.

Y de pronto, ante esta visión idílica, en este cuadro paradisiaco, veo surgir en mi mente la tierna imagen de la gran poetisa gallega, ya no vestida de noble dama de las letras, sino con un traje de aldeana igual á su alma aldeana. Porque aquella mujer extraordinaria que escribió con una perfección académica en su lengua natal cuando aun el renacimiento gallego no estaba sino iniciado, y que para los eruditos de la Coruña pasa por un doctor del sabio decir, no fué, en realidad, sino una campesina que cantaba sus penas y sus goces con una inconsciencia de pájaro libre. Mi amiga muy ilustre doña Emilia Pardo Bazán, asegura que no hay en Galicia poeta más correcto, más pulido y que con más « ciencia » haya escrito, que la autora de *Follas novas*. Yo que ape-

nassé gallego, no puedo hablar de perfecciones retóricas. Mas lo que sí puedo, es decir que con todo y su sabiduría la buena Rosalía no fué sino una hermana de los rosales y de la parras de su huerto, una planta humana tan espontánea, tan natural, tan sin artificio, que apenas se concibe que haya escrito. Sus cantares suenan mejor oídos, que leídos. Son suspiros ó caricias, lamentos ó bendiciones. Y aun en los días en que la gran poetisa quiere mostrarse impersonal y en los cuales, abandonando su suave lirismo, nos habla de amores ó de trabajos ajenos, sus palabras tienen algo de confidentiales. No es una narradora como su hermano Mistral. Es una contadora de cuentos. La sutil Pardo Bazán sintió esto en la época en que los demás críticos gallegos pensaban de modo distinto y lo expresó con una gracia llena de poesía:

« Lo que ha de conservar — dijo — en Rosalía eterno frescor — como esas hierbas que todos los años, la víspera de San Juan, echamos á serenar en agua y nos producen la ilusión de que no existe el invierno y sólo remanece la primavera germinal y amorosa — son las églogas sencillas y robustas á la vez, donde parece que respiramos el prolífico aroma de la tierra removida; la página de amor del Romeo y Julieta campesinos, que no acaban de despedirse por más que los gallos han cantado anunciando el día; la oración de la moza soltera á San Antonio bendito, pidiéndole con mucha necesidad un hombre, aunque sea

tamaño como un grano de maíz; los terrores supersticiosos de la aldeana que ve al fatídico « moucho » al lado de la fuente de la Virgen, cerquita del cementerio, mirándola de hito en hito con sus ojos encendidos como brasas; la desterrada que pide á los aires de su país que la lleven allá, porque se va quedando descolorida y morena como una mora, como si chuponas brujas le bebiesen la sangre; la pobre madre de familia rodeada de su pollada de criaturas, lavándolas, diciéndoles los requiebros sublimes que sólo las madres saben discurrir, pero lamentándose al mismo tiempo de que los higos están duros, de que el gato y el perro le roban la comida, de que las gallinas del vecino se cuelan en su corral á vivir de prestado; la socarrona vieja mendiga, sorda de conveniencia, que fingiendo humildad sabe coger el mejor sitio y apartar la mayor tajada en la fiesta nocturna de los ricos montañeses. Esto, las romerías con tan gayo colorido pintadas, la alborada cuyas notas breves y regocijadísimas parecen gorjeos con que las aves saludan á la aurora, la cómica silueta del gaitero, Tenorio engañador de « nenas », y otras mil cosas no menos genuinas y gallegas, son, lo repito, la sal sabrosa, la miel de panal nuevo que los versos de Rosalía destilan. » Esta humanidad que tan gentilmente evoca doña Emilia, es, en efecto, el mundo en el cual se mueve Rosalía Castro. Esos personajes de aldea, esos galanes, esas brujas, esos mendigos,

esos labriegos, tienen para la gran poetisa, más importancia que los señores académicos de la Coruña. Viviendo con el pueblo, era como la encarnación sublime de las virtudes del pueblo.

— No me extraña — le digo á mi amigo — que su casita se haya convertido en un santuario para los gallegos.

— Mi amigo sonríe con amargura.

— Pero ¿quién cree usted — me pregunta — que ha adquirido esa casa?... ¿Quién cree usted que ha reunido en ella las reliquias de la gran poetisa?... ¿Quién cree usted que sirve de vestal para que el fuego del recuerdo no se consuma?

— No sé... Probablemente el municipio... ó la academia gallega... ó los poetas regionales...

— No... no...

— Entonces será algún admirador muy rico y muy generoso.

— Una admiradora es. Pero no es una mujer muy rica. Y sobre todo, no es una gallega, no es ni siquiera una española, sino una inglesa... ¡Sí, asómbrese usted, pásmese usted!... Ha sido necesario que una rubia dama venida de Londres se enamorara de la poesía de esta región y considerara á Rosalía cual la más grande de nuestros poetas, para que la casita que usted acaba de ver no fuera vendida á un comerciante que la habría convertido en granja de labor. ¡Y si viera usted la sencillez con que esta extranjera lo ha hecho todo! Primero compró la finca con

los muebles que habían pertenecido á Rosalía. Luego se consagró á reunir todas las reliquias poéticas que sirven á mantener vivo el recuerdo de un ser superior. Cual si se tratara de Goethe ó de Victor Hugo, buscó los retratos, los tinteros, los papeles, las plumas y los libros que habían pertenecido á la ilustre poetisa. Una vez que todo estuvo en sitio, abrió discretamente las puertas al público. Todo el que quiere respirar la atmósfera de nuestra buena cantora de *Follas novas* puede penetrar libremente. La casita es del fantasma querido y sus amigos tienen derecho á visitarla.

Tristemente mi amigo exclama :

— ¿Cree usted que esto podría pasar en otro país del mundo?

— Sí, — le contesto. — Sí...

Y para consolarlo, le refiero la historia de aquel buen paraguayo que habiendo un día oído decir que ningún francés había aún tenido la piadosa idea de plantar junto á la tumba de Musset el sauce pedido por el poeta, hizo el viaje hasta París llevando en su sombrero el arbolito llorón que hoy vemos todos en el cementerio donde el poeta de *Las noches* duerme su sueño eterno.

### LAS HADAS

Mi compañero de excursiones, me lleva á visitar una huerta, en las inmediaciones de Villa

Juan, á media hora de Villagarcía. En un patio obscurecido por una higuera centenaria, recibenos gentil y campechanamente una anciana cuyos ojos claros brillan entre los párpados arrugados con fosforescencias misteriosas.

— ¡Buenos días, abuela! — dícela mi amigo.

— ¡Buenos, rapaz! — contesta ella.

Y tratando de incorporarse, deja en el banco de piedra donde está sentada el libro que leía.

— ¿Siempre el *Libro de San Cipriano*? — la pregunta mi compañero.

— Siempre, rapaz, siempre... Á mi edad no se lee otra cosa... Ya ves que apenas logro moverme... las peras se caen de las ramas sin que yo pueda ir á recogerlas y las flores del huerto se marchitan sin que yo las vea... De aquí no me muevo sino para meterme en casa... Pero tú que eres mozo, lleva á ese señorito para que pruebe las frutas; los melocotones están buenos, ya tú sabes donde...

Bajo las ramas cargadas de olorosos duraznos, de manzanas tentadoras, de ciruelas aterciopeladas, mi amigo me pregunta :

— ¿Conoce usted el *Libro de San Cipriano*?

— No, — le contesto.

— Es la biblia de nuestros campesinos... Doña Emilia habla de él con algo de desdén, llamándolo catecismo de patrañas cabalísticas. Pero en realidad es la obra más interesante que hay en el mundo. El mismo mariscal Ney que se

había reído á menudo del *Oráculo* que Napoleón consultaba en los momentos graves, encariñóse aquí con nuestra obra de hechicería hasta el punto de no separarse de ella durante toda su campaña de Galicia. «¡Que San Cipriano me asista!» — solía decir. Pero claro que el patrón de nuestras hadas no podía ser propicio al que tantos horrores cometía en estas comarcas, y en vez de enviarle «boas fadas», rodeábalo de «malas fadas»... Á los gallegos de buena voluntad y de alma pura, en cambio, el santo no deja nunca de recomendarlos á las mouras, á las tantomangas, á las tronantes ó á las lumias... Y estas hadas por lo general son bondadosas aunque tienen tanto poder para el mal como para el bien. Nuestro gran historiador Murguía ha hecho ver, en efecto, apoyándose en documentos dignos de fe, que el rasgo principal de nuestras «fadas» es la bondad. Aquí, en nuestras rías, no encontrará usted ninguna leyenda como la de aquella extraña hija del rey de Is que en la hermana tierra de Bretaña causó el más inútil y el más terrible de los cataclismos. No... Nada de complicaciones de perversidad, nada de inquietud enfermiza, nada de refinada dureza en el alma sutil de nuestras «meigas». Todas sus maldades se reducen á ejercer venganzas contra un individuo determinado ó á lo más contra una familia. Pero aun para esto es necesario que se las provoque con graves ofensas. Cuando nada las irrita, se pasan

la vida cantando dulces romanzas ó mirándose en un espejo de plata. La copla popular dice que: «A fada fadiña — c'a sua basquiña — pasa á mañan — aliña que aliña». Esta coquetería, que no existe en las hadas del Finisterre francés, da á las nuestras una dulzura encantadora. Aliñándose, las lumias, las tantomangas y las damas no piensan en torturar á las muchachas enamoradas, ni en secar las ubres de las vacas, ni en matar á las gallinas, ni en trastornar á los pescadores. El único ser sobrenatural de esta región que no hace más que daño es el tardo. Sólo que á decir verdad más que un verdugo este señorito alado es un humorista. Pregunte usted lo que hace cuando penetra en las casas y verá que no es nada grave. En general conténtase con hacer reir á las muchachas en los momentos más serios, ó con quitarle el sueño á la gente seria. Mas la prueba de que su perversidad no es grande, la tenemos en que basta dejarle un puñado de trigo en un plato para que se entretenga contando los granos y no piense en molestar á las buenas personas. Yo conozco un hada admirable...

— ¿Usted? — le pregunto á mi amigo viendo la seriedad con que me habla; — ¿usted el escéptico?...

Él sonríe.

— Verá usted — me dice; — en Galicia aun los más escépticos tenemos nuestras creencias sobrenaturales y estamos seguros de haber visto

alguna vez un ser fantástico. Interroga la gente de todas las clases sociales, y se convencerá de ello en seguida. De un modo abstracto, muchos se reirán de las historias que cuentan los lectores del *Libro de San Cipriano*. Pero en cuanto empiecen á evocar recuerdos íntimos, misteriosos y lejanos, contarán cosas estupendas. Yo, por mi parte, aunque se ría usted de mi ingenuidad, le repito que conocí á un hada encantadora allá en mi juventud. Era una dama blanca que me visitaba durante mis sueños para inspirarme divinas fantasías. Y si me dice usted que esto no es sino una ilusión, le contesto que lo mismo da... Ilusión es también lo que la buena anciana de esta huerta se figura y esa ilusión es la que le hace vivir. Toda Galicia, créame usted vive protegida por hadas bondadosas y admirables. Es el pueblo de las ilusiones...

Cierto, muy cierto. Es el divino pueblo de las divinas ilusiones.

#### LA CASA DE CAROLINA

Muy cerca del jardín lleno de rosas de Rosalia Castro, mi compañero me enseña la casita donde nació Carolina Otero.

— Aquí vive siempre su madre — me dice.

Luego, llevándome hacia la iglesia cercana donde la misa está á punto de terminar, hablóme

de la adoración que todas las mujeres del lugar tienen por la ilustre bailarina. Las ancianas, sobre todo, las buenas ancianas que la vieron con los pies descalzos en las orillas del río, considéranla como una gloria local y celebran, inconscientemente, con sus labios puros, las aventuras que cuentan los periódicos de París.

— ¿No es verdad que era como un botón de rosa? — pregunta mi amigo á tres viejecitas que salen del templo con sus largos rosarios entre las manos.

— ¡ Sí lo era, sí! — contestan las tres en coro.

Al mismo tiempo sus miradas se dirigen hacia la casita solariega de la cortesana celeberrima.

— Usted habrá visto — dícame mi compañero — que por todas estas comarcas, no hay imagen más popular que la de Carolina. La misma Purísima de plata de la Catedral de Santiago, se encuentra menos frecuentemente que la Impurísima de París. Esto, como es natural, impresiona á la gente de aquí. Pero eso no es todo. La rapaza tiene además fama de ser buena gallega y buena cristiana, y de no olvidarse de la aldea á pesar de sus esplendores. Con lo que ella le manda al señor cura, se embellecen los altares. Ella le envía también collares á la Virgen. Ella socorre desde lejos á los pobres del lugar. Y ó mucho me equivoco, ó en sus rezos las buenas viejas de por acá, unen á menudo su imagen á la de nuestra patrona Santa María.

Estas palabras me hacen recordar una obra que Oscar Wilde anunció y no escribió nunca y que se debía titular : *La Santa cortesana cubierta de joyas*. Porque para esta gente no hay duda de que Carolina Otero es una santa mujer llena de collares. ¿Cómo, de lo contrario, habrían de poner su retrato en las cajas de cerillas? ¿Cómo habría el mundo entero de adorarle? ¿Cómo habría de tener más perlas que la Virgen de Santiago?... ¡La santa cortesana!

— ¿Cree usted que este nombre chocaría aquí? — pregunto á mi amigo.

— De ningún modo — me contesta.

Estas buenas campesinas que salen de la iglesia olorosas á incienso, piensan tal vez al pasar frente á la casita de la Otero lo que las gentes de Egipto pensaban de Thiais. « No hay ninguna tan grande, no hay ninguna tan bella, no hay ninguna tan poderosa » — murmuran. Con orgullo, evocan las imágenes de la leyenda dorada de la divina Carolina. Y es, en sus imaginaciones, un desfile de adoradores que van hacia ella, como Reyes Magos, llevándola los tesoros de todos los países del mundo. Es el potentado que viene de ultramar con sus galeones de oro, grande cual un ídolo, poderoso cual un emperador. Es el magnate de la India, vestido lo mismo que los emperadores de las barajas, con mantos, de púrpura y coronados de torres. Es el príncipe del norte, rubio y frágil, que deshoja en su litera una rosa de esmalte

y que suspira á cada instante. Es el guerrero soberbio, caballero en un corcel negro, que galopa en el estrépito de su armadura pasando por encima de los cadáveres de la llanura. Es el poeta de luengas guedejas, el poeta cantor de salmos místicos, el poeta cuyos labios sonríen en un éxtasis perpetuo... Y todos ellos, van hacia donde está la santa cortesana, dispuestos á entregarla sus bienes por un beso y sus vidas por otro beso. ¡ Oh si ella quisiera ser reina ! Por sus ojos negros, brillantes como luceros, más de un monarca ha perdido la razón. Las crónicas hablan de un desgraciado rey de Oriente que desesperado de no lograr el amor de la santa cortesana, suicidóse á la puerta de su alcoba. « ¡ Llevaos esa cosa sangrienta ! » — gritó ella cuando vió el cadáver. Y sin el menor movimiento de compasión, volvió á su tocador donde una esclava de manos expertas continuó dorándole las uñas de los pies. Mas en cambio otro día, como un humilde músico ambulante fuera á perecer á sus plantas exhalando una canción de amor, Carolina ordenó que lo acostaran en su lecho, y que le pusieran sus joyas, y que así cubierto de piedras preciosas lo enterrarán. Porque si es soberbia con los soberbios, también es humilde con los humildes. Más de una vez mientras el magnate que llega de muy lejos para ofrecerla sus tesoros la habla arrodillado, ella torna sus pupilas amorosas hacia el paje que guarda la puerta.

— ¿Verdad que no hay ninguna como ella? —  
pregúntame una de las viejecitas.

Y otra :

— ¿Verdad que el rey de París no permite  
que salga de sus estados porque la considera como  
el mayor de sus tesoros?

Y una tercera :

— ¿Verdad que su palacio es grande cual la  
catedral de Santiago y que su techo es de jaspe y  
sus muros de pórfido?

— Verdad, verdad, verdad — las contesto.

Y mientras las tres viejas murmuran un dulce  
« Dios la lleve á su gloria », las rapazas de grandes  
ojos negros y de trenzas de seda oscura, bajan  
la vista estremeciéndose misteriosamente.

#### NOTA FINAL

— Pero de verdad ¿es aquello tan lindo, tan  
lindo? — me pregunta un madrileño que va todos  
los años á París y que nunca ha ido á Pontevedra,  
ni á la Coruña, ni á Villagarcía.

— De verdad — le contesto.

— Yo creo que usted exagera cuando nos habla  
de las rías, de las aldeas y de los campos de  
Galicia.

— No lo crea usted.

— Pero entonces ¿cómo se explica usted que  
los españoles en general vayan de preferencia á

los Pirineos?... Más aún, ¿cómo se explica usted  
que aquellos que un verano se deciden á ir á  
pasar algunas semanas á la Coruña ó á Pontevedra,  
no vuelvan nunca á Galicia? Porque esto  
es muy frecuente, querido amigo. Usted lo sabe.  
¿Cómo se lo explica usted?...

— De una manera muy sencilla le explica á  
usted todo esto un político ilustre, el señor Prieto  
Mora, que dice en un discurso reciente lo que  
sigue :

« Pasaron los años y tuve el honor de ser  
elegido diputado por un distrito gallego, con la  
mayor parte de sus pueblos en las impondera-  
bles rías de Arosa Muros. Las molestias de  
todo género que he sufrido siempre que he ido á  
esa hermosa región, siquiera hayan sido compen-  
sadas con la espléndida y cariñosa hospitalidad  
que al llegar he recibido, me hicieron notar que  
las rías gallegas y todo su extenso territorio,  
necesitaban prontamente de grandes reformas  
para hacer cómodo, sano y distraído el paso y la  
estancia de turistas, no de los que se filtran por  
las fronteras, cifra insignificante, desprendida  
de los grandes contingentes que pasan por ella :  
ni de los que vienen engañados, para no volver  
más y desacreditarnos, sino de aquellos que  
vengan atraídos por las noticias y referencias de  
las comodidades y ventajas que otros disfruta-  
ron. »

Esta es la verdad, querido amigo. Mientras

para ir de Madrid á Vigo sea necesario emplear más tiempo que para ir de Madrid á París, la gente seguirá tomando el camino de San Sebastián...

Hacia Sevilla